

97 AD

CIÓN

CASTRO // POIMPAS DE IARON

PQ 7297
.C3
P6



1020028184

48



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

POMPAS DE JABÓN.

—
VERSO Y PROSA

—DE—

Francisco de A. Castro



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

86119

SAN LUIS POTOSÍ.

—
Imprenta de la Escuela Católica de Artes y Oficios

—
1900.

31857

861 PQ 7297

C. J. POMPAZ DE JARDÓN

Pb



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE YUCATÁN

DIRECCIÓN GENERAL DE

5318

A la Señorita Felisa Pompa-
zambis.

No tengo la alta honra de
conocer a Ud. personalmente; pero
se muy bien que a lo noble senti-
miento del corazón de un amoroso
padre, une Ud. en su alma a aquel
todo las prendas que son la más gra-
ta posesión de la mujer buena, de la ver-
dadera reina del hogar. Sierva de
recibir este homenaje de respeto y profe-
sión de él, el tributo de admiración
le profiere el último de los amigos del
honrado autor de sus días.

INMORTAL

p. 14-18-19

Yo también con orgullo de bohemio
tengo diademas que mi frente ciñen;
laureles que aprisionan mi cabeza
con hojas invisibles.

No les mancha la sangre que á la auréola
de los guerreros con el triunfo tiñe;
ni fueron conquistados en la lucha
que de áurea luz al pensador reviste;

Ni los robustos cantos del poeta
los colocaron en mi frente humilde.....
Los lauros de los Césares y Homeros
suelen perder su forma y sus matices.

Y la corona que mi sien ostenta
es inmortal, eterna, inmarcesible.....
¡Mis hijos la han formado con sus besos,
y el beso de los hijos siempre vive!



✻ Crepuscular. ✻

Ya el sol espira: la noche
los verdes campos encubre
tornando negros y tristes
los anchos cielos azules.
Vuelve al aprisco el ganado,
al bosque las aves huyen,
y sobre la alta montaña
que están ciñendo las nubes,
el lucero de la tarde
temblando á lo lejos luce.
¡Qué amarga melancolía
vierte en el alma que sufre
ese capúz indeciso
que va envolviendo las cumbres.....!

Ya á los espacios se extiende.....
ya á cielo y tierra confunde.....
ya forma la gris mortaja
que los despojos encubre
del día que va espirando
tibio, somnolente, dulce.....

Como el arpa plañidera
que en tristes notas traduce
las lágrimas silenciosas
que al espíritu consumen,
agitada por el viento
la selva en quejas prorrumpe,
llora la erguida palmera,
suspiran los abedules
y sollozan tristemente
las rancias de los sauces.

El día ha muerto... La noche
arropa en su cauda fúnebre
los ensueños que en las ondas
de luz del espacio bullen;
las esperanzas que viven
en el color de las nubes;
las alegrías que audan
entre los cielos azules,
y las ilusiones todas
que agitadas se sacuden
en las brisas de la tarde
y del campo en los perfumes.....
¡Todo pasa! ¡todo pasa!

Sol, luz y cielos azules,
balidos de los ganados
y aves que á los bosques huyen.....

En el campo de mi vida
también hay sombras y nubes.....
la noche de mis recuerdos
mis esperanzas encubre.....

¡Quién me diera, quién me diera
ver de nuevo cómo lucen
el arrebol en el cielo,
la luz del alba en la cumbre.....!



El Stabat Mater.

A Manuel J. Othón.

I.

—Muestro, ¿habéis terminado?

—Oh, por favor, dejadme..... ¡Una sola nota, una sola que comprenda todo lo que debe expresarse con el grito de una madre enloquecida por el dolor! Dejadme concebirla y tendréis la obra terminada..... Pero, dejadme, por Dios, dejadme..... !

—Habéis prometido entregar al Prelado hoy mismo vuestra composición; son las once de la noche, y vuestra pauta se encuentra limpia.

Sol, luz y cielos azules,
balidos de los ganados
y aves que á los bosques huyen.....

En el campo de mi vida
también hay sombras y nubes.....
la noche de mis recuerdos
mis esperanzas encubre.....

¡Quién me diera, quién me diera
ver de nuevo cómo lucen
el arrebol en el cielo,
la luz del alba en la cumbre.....!



El Stabat Mater.

A Manuel J. Othón.

I.

—Muestró, ¿habéis terminado?

—Oh, por favor, dejadme..... ¡Una sola
nota, una sola que comprenda todo lo que de-
be expresarse con el grito de una madre en-
loquecida por el dolor! Dejadme concebirla
y tendréis la obra terminada..... Pero, de-
jadme, por Dios, dejadme..... !

—Habéis prometido entregar al Prelado
hoy mismo vuestra composición; son las on-
ce de la noche, y vuestra pauta se encuentra
limpia.

—Pero no véis que me falta ese sonido que busco, ese poema que debe encerrar un sólo punto comprendido entre estas líneas.....? Retíraos, os lo ruego; dejadme solo en mi desesperación y mi ansiedad, y dentro de una hora habré concluido.

Como obscuro fantasma había permanecido el monje en el dintel de la puerta del cuarto del artista, la capucha calada, las manos dentro de los manguillos y la severa mirada fija en su interlocutor; éste, con el rostro pálido, los cabellos en desorden, los ojos chispeantes y una de sus crispadas manos sobre el marfil del clavicordio, había contestado al monje con acentos que parecían rugidos, y sus súplicas tenían algo del grito de desesperación del león que se siente herido profundamente.

La silueta del monje se fué perdiendo poco á poco: cerróse la puerta sin ruido, y el artista permaneció silencioso largo rato.

II.

Triste aspecto presentaba la humilde celda del artista. Un cuarto pequeño, de paredes obscurecidas por el tiempo; unas cuantas sillas desvencijadas; un negro tapiz que cubría una puerta frente aquella por donde acababa de salir el monje, y un viejo clavicordio de

donde aquel desgraciado sacaba sus más sentidas composiciones. Aquella noche, la noche del Miércoles santo, tenía que entregar al convento de Benedictinos el *Stabat Mater* que se debía cantar en la Iglesia el Viernes más memorable para el mundo cristiano, y había hecho colocar sobre el clavicordio la imagen de una Dolorosa que alumbraban fúnebremente dos cirios negros.

Pero la nota que él buscaba no acudía á su imaginación calenturienta: una de sus manos temblaba sobre el marfil mientras la otra sacudía la pluma con violencia sin dejar caer un solo punto sobre la pauta: sus ojos parecían saltársele de las órbitas y su pecho ahogaba un rugido de desesperación.

El tapiz que cubría la puerta se había levantado poco á poco, y las nobles y correctas facciones de una mujer, demacrada, acaso por la miseria, se dejó ver bajo sus pliegues.

El artista permaneció silencioso sin apercibirse de que aquella mujer, cuyo traje negro la hacía más severa, se había aproximado hasta tocar su hombro.

—Fernando —le dijo con un acento que podía tomarse por un eco lejano.

El artista se estremeció y un rayo de cólera se pintó en sus ojos.

—¿Qué quieres?—murmuró con voz con-

vulsa—¿Tú también vienes á atormentarme? ¿Tú también vienes á echarme en cara que saltaré al compromiso contraído con el Prelado de los Benedictinos, á quien ofrecí entregar mi obra hoy mismo? ¿Tú también vienes á arrebatarme el único rayo de salvación que espero?

La mujer aproximó su rostro, por el que comenzaban á rodar algunas lágrimas, al del infeliz artista, y sollozó con voz doliente:

—No, esposo mío; no vengo á atormentarte, ni á decir una palabra de tu fatal compromiso: vengo á decirte..... ¡Dios mío! que nuestro hijo..... se haya muy enfermo.

—Y bien.....¿qué?—rugió Fernando levantándose y arrojando al suelo la pluma que tenía en la mano.—Si mi hijo se enferma, mejor que se muera..... Yo no tengo más patrimonio que dejarle que la miseria; no tendra después de mi muerte un pedazo de pan que llevar á sus labios. Será el escarnio del mundo; la vergüenza de sus padres; el mendigo que se arrastre por el suelo para conseguir un mendrugo con que saciar su hambre... .. Déjalo, déjalo que se muera..... que se muera!

—¡Dios mío! por piedad, Fernando, qué reflexiones.....

—Mira,—continuó el músico tomando fuertemente de la mano á su esposa y conducién-

dola al clavicordio.—Aquí, en estas teclas, se encierra nuestra salvación y la de nuestro hijo..... El producto de la obra que he de entregar hoy mismo, será un patrimonio, será una herencia pero la inspiración ha buido de mi cerebro..... No hallo esa nota ambicionada que formará mi obra; me falta el misterioso y desgarrador encanto que produce en el alma el dolor de una madre..

¿No lo ves? El marfil está mudo, y nada dicen á mi imaginación las lágrimas silenciosas que oscilan en las pestañas de la Virgen.....

La voz del artista fué ahogada por el eco del trueno que comenzaba á oirse en lontananza. Fuera de la habitación de Fernando, silbaba el viento con fuerza, y la lluvia comenzaba á azotar los cristales de la ventana.

La mujer dió un grito y corrió á la alcoba donde se hallaba el pequenuelo.

El artista, aterrorizado y mudo, apoyó una mano en el teclado, y algo como el rugido de la tempestad brotó del blanco marfil del clavicordio.

Con el sollozo de la madre se confundieron el lamento de un niño y el ronco grito de la tormenta que se desataba sobre ellos.

—¡Fernando! Mi hijo se muere.....! —exclamó la mujer desde la habitación contigua.

El artista permaneció en su sitio; su mano crispada se estremecía sobre el teclado; sus extraviados ojos parecían buscar algo en el espacio; su respiración era fatigosa y sus labios se agitaban convulsivamente.

—¡Hijo mío! ¡Hijo de mis entrañas!—se oyó gritar á la desolada madre.

El artista dejó caer las manos sobre las teclas; brotó un sonido extraño del clavicordio; se escuchó algo como una voz que lloraba; parecía un gemido prolongado que sollozaba las sublimes palabras:

Stabat Mater dolorosa.....

—¡Hijo de mi vida!—esclamó la infeliz mujer.

Juxta crucem lacrimosa...!

Parecía continuar diciendo el clavicordio á la sorda vibración de sus teclas estremecidas al contacto de la mano del artista.

Y un torrente de extrañas notas se sucedían con rítmica celeridad: ya era el eco de la tempestad que resonaba entre las rocas de ignorada cordillera, ya el rudo golpear de lanzas que se quebraban contra las moles de granito, ya el sollozo desgarrador y terrible de una alma á quien el dolor atormentaba...

Cujus animan gementem
Contristatam et dolentem.....

Continuaba la misteriosa voz del clavicordio.

Fernando estaba transformado; descompuestas las facciones, lívido el semblante, el cabello erizado y los labios cárdenos y balbucientes, se estremecía á cada sonido que se escapaba á la presión de su mano, y sus ojos giraban dentro de sus órbitas como presas de vértigo indefinible.

Y así continuó hasta completar el himno á la Madre de Dios que lloraba la muerte de su Hijo.....

De pronto el rugido de la tempestad, unido al doloroso grito de la esposa, hizo temblar el clavicordio y estremecer al artista, cuyo cerebro parecía querer estallar rompiendo las paredes de su estrecha cárcel.

—¡Mi hijo! Mi hijo ha muerto! Volvióse á oír gritar á la pobre madre.

Vidit eunum dulcem natum

Moriendo desolatum

Dum emisit spiritum.....

Repetían las notas que brotaban bajo las manos de Fernando.

Y su esposa, la infeliz madre, con la cabellera en desorden, el vestido desgarrado, y el cadáver de su niño en los brazos, fué á caer á sus pies mirándole con extraviados ojos:

Quando corpus morietur
Fac ut animæ donetur.....

Y no pudo mas.....

Ahogó el artista un grito de dolor y cayó pesadamente al suelo.

.....

III.

Mientras que en el convento de Beneditinos se cantaba con gran pompa y solemnidad el *Stabat Mater* de un artista ignorado; mientras el concurso se conmovía escuchando aquel conjunto de notas que voces del cielo semejaban, en el cementerio de la ciudad lloraba una mujer ante una tumba recién cubierta, y un hombre balbucía con voz apenas perceptible los versos del *Stabat Mater*, tras de la obscura reja de un manicómio.



Ave Muerta.

Vuelven á ornar del arrayán los tintes
Al alto encino y la gentil palmera,
Y ya el calor de la estación pregona,
Oculta entre las ramas, Filomena.

Vuelve el azul del apacible cielo
Vivido á desplegar su canda regia,
Y vuelven los perfumes á los campos,
Y su verdor á la montaña enhiesta.

Todo vuelve, Dios mío! Todo al soplo
De la nueva estación feliz despierta...
Menos el ave que, tras crudo invierno,
Muerta en la nieve halló la primavera!

Quando corpus morietur
Fac ut animæ donetur.....

Y no pudo mas.....

Ahogó el artista un grito de dolor y cayó pesadamente al suelo.

III.

Mientras que en el convento de Beneditinos se cantaba con gran pompa y solemnidad el *Stabat Mater* de un artista ignorado; mientras el concurso se conmovía escuchando aquel conjunto de notas que voces del cielo semejaban, en el cementerio de la ciudad lloraba una mujer ante una tumba recién cubierta, y un hombre balbucía con voz apenas perceptible los versos del *Stabat Mater*, tras de la obscura reja de un manicómio.



Ave Muerta.

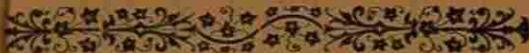
Vuelven á ornar del arrayán los tintes
Al alto encino y la gentil palmera,
Y ya el calor de la estación pregona,
Oculta entre las ramas, Filomena.

Vuelve el azul del apacible cielo
Vivido á desplegar su canda regia,
Y vuelven los perfumes á los campos,
Y su verdor á la montaña enhiesta.

Todo vuelve, Dios mío! Todo al soplo
De la nueva estación feliz despierta...
Menos el ave que, tras crudo invierno,
Muerta en la nieve halló la primavera!

Vuelvan las brisas del Abril florido
Y los aromas á los campos-vuelvan...
¡No más se escuchará su flébil canto!...
¡Lira es ya rota su garganta yerta!

Primavera gentil! no hay en tus galas
Alguna que la paz volverme pueda...
Mi alma, cabe una tumba de recuerdos,
Sólo la nieve del invierno espera!



FRAGMENTOS.

(De la "Leyenda de los muertos.")

Dejó sus nidos abandonados
en mi ventana la golondrina;
ya los primeros cierzos helados
soplan en torno de la colina.

El pueblo se halló triste y desierto;
con lento ruido la lluvia cae;
ya las campanas tocan á muerto,
y amarga pena su acento trae.

Desde el principio de la mañana,
cuando las sombras desaparecieron,
cabe la tumba fué la aldeana
triste llorando por los que fueron.

Lágrimas se hallan sobre las cruces;
ecos de llanto las brisas traen.....
¡Hasta las hojas de los sauces
sobre las tumbas llorando caen!

* * *

Cerre sus ojos azules,
aquellos ojos de cielo
que eran espejo brillante
de su corazón tan bueno.
Cruzáronsele las manos
sobre el insensible pecho;
encendiéronse los cirios
que había junto del féretro,
y todo mi hogar estaba
como él, silencioso y muerto.
¿Cuántas horas se pasaron?
¿Cuántas horas! ..No recuerdo...
Sólo sé que lloré mucho,
y que desde ese momento
falta una luz en mi hogar,
falta una estrella en mi cielo!

* * *

La enlutada del poeta
la de ojos como dos soles,
la que fué estrella en su hogar
y adorno de los salones,
la que en sus crenchas llevaba
la obscuridad de la noche

y una aurora en su conciencia
de virtudes y de amores,
al llegar del Paraíso
á las celestes regiones,
los ángeles le dijeron:
«No llores, niña, no llores;
que cuando lloras tu llanto
los querubines recojen,
y va á encelarse de tí
la Virgen de los Dolores!»



Ni de mi hogar á la sombra
caliente hallaréis el lecho
donde mi mano brindaba
mies á vuestros pequeñuelos.....
Huis... Voláis á otros mundos
donde el soplo del invierno
no atormenta á vuestros hijos
ni dé á vosotras tormento;
Volad..... Vosotras podéis
huir la bruma y el cierzo.....
Id, y buscad esperanzas
bajo el azul de otro cielo!

Blanco sudario de nieve
está á los campos cubriendo:
no hay aljófar en el musgo
ni hay esmeralda en el fresno,
ni aromas en la montaña,
ni cánticos en el viento.
Ya no dejan los carámbanos
libre paso al arroyuelo;
sedientas las hierbecillas
inclinan sus tallos yertos;
tiembla el nido entre las ramas
desnudas del olmo seco,
y en todas partes sacude
su helada melena el cierzo.
¿Cómo en el alma se abrigan
los más amargos recuerdos

Brumas de Invierno.

A José G. Rostro.

Golondrinas, golondrinas
que tendéis el raudo vuelo
tras el calor de otros mundos
y el arrullar de otros vientos;
Mensajeras que en la ojiva
dejáis el nido desierto
y huyendo vais de la nieve
la parda bruma rompiendo;
No vuestros dulces cantares
ni vuestros suspiros tiernos
volverán en la mañana
á despertarme del sueño:

al ver los campos tan solos,
al ver tan tristes los cielos!
¡Dios mío...! cómo también
llegó de mi alma el invierno,
y entre confusas ideas,
y entre vagos pensamientos,
nubla al sol de mi esperanza
la bruma de mis recuerdos!

Golondrinas, golondrinas
que tendéis el raudó vuelo
tras el calor de otros mundos
y el arrullar de otros vientos.....
Volad.....! Vosotras podéis
huir la bruma y el cierzo.....
pero del alma ¿quién puede,
quién puede huir del invierno?



Las Bodas de Marina

PARA MANUEL PUGA Y ACAL.

¿Qué si era bella? Figuraos un busto modelado por Cellini y animado por el soplo de fuego de la juventud; imaginaos unos ojos como deben ser los de las mujeres concebidas en el cerebro de los poetas; daos cuenta de una nariz griega cuyos poros abiertos respiran un no sé qué de incomprensible voluptuosidad; soñad en unos labios de granate contraídos con la graciosa mueca de la más inocente coquetería, y coronad este conjunto con una cabellera sedosa y negra cayendo en

llevaba sobre unos hombros de alabastro, abajo de los cuales se dibujaba la curva del apretado seno, cuya línea se prolonga, se prolonga en ondulaciones finísimas para llegar á constituir un todo digno de la figura de una diosa.....

Aquella mañana se había levantado más temprano que de costumbre: echó sobre sus hombros su humilde saya de percal obscuro; recogió con una cinta sus cabellos y fué á reunirse con los demás criados, sus compañeros de trabajo.

—¿Se casa hoy por fin el señorito Alfonso? —preguntó á uno de ellos.

La respuesta afirmativa que recibió fué confirmada por el movimiento inusitado que reinaba en toda la casa, é hizo asomar en sus labios una sonrisa de amargura.

Marina había crecido al lado del señorito; jugaron de niños, él al amo y ella á que era su criadita; cuando se sentaba á la mesa el pequeño señor, ella permanecía á sus pies recogiendo las bolitas de pan que también jugando le arrojaba Alfonso; se iban al jardín y mientras él dormía sobre el césped, ella le espantaba los insectos que revolaban á su alrededor con amenazador zumbido para evitar que su molesto aguijón fuera á enrojecer el semblante de su adorado señorito; y si algu-

na vez se le permitía tomar alguna fruta de los árboles de la huerta era toda para obsequiar al señor cuando éste volvía de la escuela sudoroso de tener la frente inclinada sobre la pizarra.

Ya tenía quince años cuando la señorita Herminia fué presentada con la señora madre de Alfonso. Marina vió la falda de seda de la nueva visita y bajó tristemente los ojos sobre su saya de percal obscuro; vió las piedras que adornaban los dedos y las aterciopeladas orejas de la *advenediza*, y enclavijó sus manos desprovistas de todo adorno, y movió la cabeza resignada; los ojos de Herminia se clavaron como saetas impregnadas de desprecio sobre la doncella, y Marina quiso arrojar sobre aquella toda la indignación que rebosaba su alma, pero comprendió su impotencia, y aquel torrente de rabia que sentía en su seno, se desbordó en dos lágrimas silenciosas que fueron á morir á sus propios labios.

Una mañana fué al jardín y oyó voces muy quedas en la enramada; se acercó movida por la curiosidad, y el chasquido de un beso le hizo exhalar un grito de sorpresa. Al mismo tiempo sintió sobre sus mejillas el calor de una mano que la golpeaba, y oyó dos voces diferentes que la decían con acento

opacado por el susto y por el enojo:

—¡Torpe!

—¡Imprudente!

—Largo de aquí... ¡indiscreta!

Torpe..... Imprudente..... Indiscreta

Le habían dicho bien. ¿Qué le importaba á ella oír, aunque sin intención, lo que los señoritos iban á decirse al jardín?

Llegó el día de la boda, la ceremonia tuvo lugar en la misma casa; desde muy temprano comenzaron á llegar invitados, lo más granado de la sociedad elegante; se sirvió el banquete del cual ella apenas pudo percibir los olores; los acordes de la música poblaron los salones, y ella, huyendo de aquellas notas que le desgarraban el alma, fué á esconderse al rincón más obscuro de la cocina. Uno de los criados más viejos de la casa se le aproximó y le habló en estos términos:

—Marina ¿no te alegras por la felicidad de los señoritos?

La doncellita contestó con un movimiento de cabeza.

—Pues toma y bebe—continó el viejo criado alargando una botella á la joven— ¡á la salud de los señoritos!

—¡Si, sí!—pudo decir al fin Marina, tomando con histérica alegría la botella que le alargaban— ¡á la salud de los señoritos!

Y tomó un sorbo que bajó notablemente el contenido de la botella.

Llegaron otros criados, y á cada momento se repetía el mismo brindis con las mismas frases.

Marina sentía que se animaba por instantes; se creía feliz; le parecían menos tristes los acordes de la música, y quiso ver á su señorito en el colmo de la felicidad.

Salió sin que lo advirtieran sus compañeros de trabajos; descendió las escaleras, atravesó la calle y fué á sentarse en el quicio de una puerta, frente á uno de los balcones de la casa por donde un torrente de luz denunciaba el suntuoso baile que estaba en su apogeo en aquellos momentos.

Marina, con los ojos inmensamente abiertos veía pasar en vertiginosas vueltas las cabezas de las damas y los caballeros, oía las carcajadas de alegría que se les escapaban en el colmo de la dicha; percibía el choque de las copas de champagne con que brindaban como ella lo había hecho, y la música, el murmullo de las conversaciones, y el cuadro de felicidades que apenas podía percibir desde la calle, acabaron por embriagarla, por adormecerla, por hacerla olvidar sus penas.....

—Marina ¿tú aquí? ¿en la calle? Tú, mi compañera de infancia, mi verdadera amiga á

quien tanto he amado, con tanto frío y á la intemperie? jamás, amada mía; tú eres la única dueña de mi corazón; ven á disfrutar de mi dicha, y á ocupar el lugar que te corresponde; eres mi verdadera esposa.....Tú eres á quien yo amo.....Ven, Marina, y que todos te reconozcan como mi cariñosa compañera.....

Y Marina creyó sentir que una mano amorosa la acariciaba la cabeza, después sus mejillas, hasta tocar sus hombros..... y oyó una voz dulcísima que le seguía diciendo:

—¿Dudas de mi palabra, hermosa mía? Sí, tienes razón.....¡tantas veces te ultrajé por ella.....! ¡tantas veces te desprecié por Herminja! Pero tú me perdonas, doncellita mía, y serás feliz á mi lado..... Ven..... huyamos de esta sociedad que nos embriaga con sus continuas falsedades..... Vamos á gozar del amor donde no interrumpen nuestra dicha vanas palabras y lisonjas efímeras.....

Y algo como el calor de unos brazos que la estrechaban dulcemente, le embargaban la voz para contestar y le hacían cerrar los ojos con una languidez inexplicable.

—¿No vienes, alma mía? Mira: ya se disipan los rumores del baile; las luces se han apagado poco á poco, la última nota de la orquesta se ha perdido en el espacio como la voz

del ángel que nos cita para que nos unamos.....¿Qué esperas, esposa mía? ¿por qué tanto retardas mi felicidad, y no me dejas disfrutar de mi dicha?

Fue el calor de un beso el que entonces juzgó sentir sobre sus labios; sintió que sus sienas latían con extraordinaria violencia, que sus fuerzas se agotaban á sostenerla por más tiempo, que una dulcísima languidez se apoderaba de todos sus miembros, y cayó suavemente sobre los brazos que ella sentía que le estrechaban.

—¿Sabes lo que pasó esta mañana?—Decía la esposa del señorito Alfonso á éste, la mañana siguiente á la boda, mientras se esperezaba en su lecho, y arreglaba sus cabellos bajo el gracioso gorro que los aprisionaba..... Marina, la doncella, ha amanecido muerta frente á los balcones de la casa, y según dice la criada que ha entrado á decirme lo, se cree que fué ahogada por el vino.....¡Pobre muchacha! Tan joven y morir por tan horrible vicio.....!

Alfonso abrió los ojos somnolientos, se removió en las cobijas del lecho y cerrando de nuevo los párpados, no contestó á las palabras de su señora.

Y era verdad lo que ésta había dicho: mien-

tras ambos esposos dormían tranquilos entre las finísimas telas de su tálamo, aquel busto que parecía modelado por Cellini, aquellos hombros de alabastro que mal cubría una cabellera sedosa y negra, aquella curva que después de señalar el apretado seno se prolongaba, se prolongaba en ondulaciones finísimas hasta llegar á constituir un todo digno de una diosa, ostentaban toda su espléndida morbidez sobre la ensangrentada mesa de la plancha de un anfiteatro.



A Clara Bella Guardia.

EN SU ALBUM.

Como blanca gaviota que cruza
de los cielos la azul transparencia
y temblando se acerca á la playa
donde un nido de amores la espera;
Como el ave gentil que soñando
en un cielo de luz y belleza
ha dejado sus frondas oscuras
por el dulce calor de otra selva;
Así, artista, dejaste afanosa
de tu Italia las tibias florestas,

los arrullos de amor de sus auras,
el rumor de sus brisas ligeras;
Y en las alas gigantes del genio,
tras el dulce ideal con que sueñas,
has venido á mi patria adorada
que sus besos y arrullos te entrega.

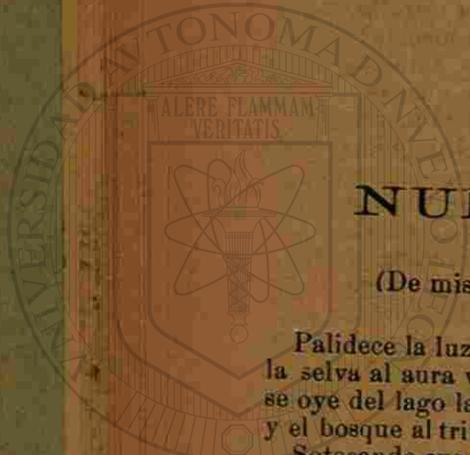
Has dejado aquel cielo apacible
en donde es cada nube un poema,
donde tantos ensueños se mecen,
donde tanta esperanza se encierra;
Fugitiva de un nido de amores
que las auras cantábricas besan,
has venido cruzando los mares
como dulce y feliz mensajera.
Ven, artista, también bajo el cielo
que cobija amoroso esta tierra,
hay pupilas que lloran contigo
cuando el llanto tus párpados quema;
Hay suspiros que surgen ufanos
de almas nobles que unísonas tiemblan
con la ardiente y gentil Margarita
y la dulce y sensible Julieta.
De tus ojos brotar han mirado
esa luz misteriosa y serena
que transforma la estrofa en un himno
y á ese himno lo cambia en poema;
Han sentido el dolor de Adriana
y temblado contigo en Desdémona,
y su llanto correr han dejado

con el llanto inocente de Ofelia.

Sonadora que traes á mi patria
de los cielos del arte una estrella,
¿dónde vas por los silfos mecida?
¿dónde vas con las hadas, serena?
¿Vas en busca de luz, de ideales
con que tu alma de náyade piensa?
El artista es el dueño del mundo,
y tú ya de ese mundo eres dueña.

Como blanca gaviota que cruza
de los cielos la azul transparencia,
has venido á mi patria adorada
que sus besos y arrullos te entrega.
Hoy te ofrece sus cándidas flores,
y en su effluvio de amor y su esencia,
deja, artista, que mi último canto
muera humilde á las plantas de Ofelia.





NUPCIAL.

(De mis versos viejos.)

Palidece la luz: gime en la sombra
la selva al aura vespéral mecida;
se oye del lago la canción sentida
y el bosque al trino del turpial se asombra.
Sotocando sus pasos en la alfombra
de blando césped á sus pies tendida,
se acerca la adorada de mi vida
á quien mi labio palpitante nombra.
Me baña con su aliento; en mis oídos
como un arrullo celestial, resuenan
de su apretado seno los latidos.....
Y cuando al Orto los albores llenan,
Ni abre á su luz los ojos adormidos
Ni la quietud de su descanso apenan.

Balada de la Madre.

(Imitación del Alemán)

El buho rozó con su ala el alero del te-
do, y la madre palideció al verle.

—Vóyme á morir,—dijo suspirando—y
cuando muera, mis hijos no tendrán pan y
morirán de hambre.

Y llamando á su esposo, le dijo:
—Tu ves que son tus hijos y son hijos míos;
cuando muera, guárdate de que les falte algo,
porque ¡ay de tí si carecen!

Y cuando el buho volvió á cruzar por
los aires, rozando el tejado y graznando tris-
tamente, la madre ya no existía.

Tres años después, ^{*}^{*} el padre tenía otro hi-
jo de segundas nupcias.

—Y los hijos de la primera mujer, no tenían pan y lloraban de hambre.

La madre oyó el llanto de sus hijos desde el cielo y bajó al mundo para enjugar sus lágrimas.

Cuando abrió la puerta de su sepulcro, la luna quebraba sus rayos sobre la piedra, y el viento suspiraba entre las ramas del espino blanco.

Ella, vestida como la nieve tocando apenas el suelo con sus pies descalzos, y vertiendo ardientes lágrimas que quemaban su helada mejilla, emprendió el camino de su antigua choza.

A su paso lloraban las hierbas, gemían los sauces, y los perros aullaban tristemente.

Cuando llegó, el padre y su esposa dormían con su hijo, y los niños de ella lloraban y estaban tristes.

Tocando apenas sus labios helados con el rostro del padre, le dijo:

—Cuando vivía, mis hijos reían y gozaban; ¿por qué ahora lloran y están tristes?

Y tomando en sus brazos al primero de ellos, volvió á emprender el camino de su tumba.

Y á su paso lloraban las hierbas, gemían los sauces y los perros aullaban tristemente.

Cuando volvió al sepulcro, la luna ya no quebraba sus rayos sobre la piedra y sólo el aire zumbaba entre las ramas del espino blanco.

A la siguiente noche, los padres dormían con su hijo, y los niños de ella estaban en la calle, velando y tiritando de frío.

Y ella, levantando la piedra de su tumba, volvió á emprender el camino de su antigua choza.

En la puerta vió á sus hijos y mezcló su llanto con el de ellos.

Y tocando con sus labios helados el rostro de su esposo, le dijo:

—Cuando vivía, mis hijos dormían con sosiego; ¿por qué ahora velan y tienen frío?

Y tomando al segundo de ellos en sus brazos, volvió á emprender el camino de su tumba.

Y á su paso lloraban las hierbas, gemían los sauces, y los perros aullaban con mayor tristeza.

A la tercera noche, los padres comían y bebían con su hijo, y el último de los niños de ella, lloraba y moría de hambre.

Y saliendo del sepulcro, volvió á emprender el camino de la choza.

A su puerta encontró al niño casi muriendo de hambre, y besándole lloró con él.

Y acercando sus labios helados al rostro del padre, le dijo:

—Cuando vivía, mis hijos comían alegremente; por qué ahora no tienen pan y mueren de hambre?

Y tomando al tercero de sus hijos en sus brazos, salió de la choza y se dirigió á su tumba.

En tanto los esposos, llenos de miedo, comenzaron á llorar amargamente.

Y desde entonces la desolación entró en la choza.

Y ellos y su hijo ya no reían ni gozaban; sino que lloraban y estaban tristes.

Y no dormían con sosiego; sino que velaban y tenían frío.

Y no comían y bebían alegremente, sino que sufrían y tenían hambre.

Pero la madre, habiendo marchado con sus hijos, ya no volvió á la choza.

Alejándose de ella, volvió á emprender el camino de su tumba: y á su paso lloraban las

hierbas, gemían los sauces y los perros aullaban con mayor tristeza.

Y cuando llegó á la tumba, la luna ya no quebraba sus rayos sobre la piedra y sólo el viento lloraba entre las ramas del espino blanco.





En el Puente de Dios.

(CAMINO DE LA HUASTECA, S. L. P.)

AL SR. GENERAL CARLOS DIEZ GUTIERREZ.

Es abrupta la senda, entre el sombrío
follaje que conduce á la hondonada,
por un eterno fuego caldeada
y húmeda sin cesar por el rocío.

Tiende la fronda el pabellón umbrío
junto al blanco cristal de la cascada,
y bajo el alta y natural arcada
pasa jugando retozón el río.

Cinta de espuma que al bajar se mueve
como girón de trasparente encaje
que agita el beso de las auras leve,

Al azotar contra el peñón salvaje,
sólo su grito á interrumpir se atreve
al augusto silencio del bosque.



FUEGO DE ESTÍO.

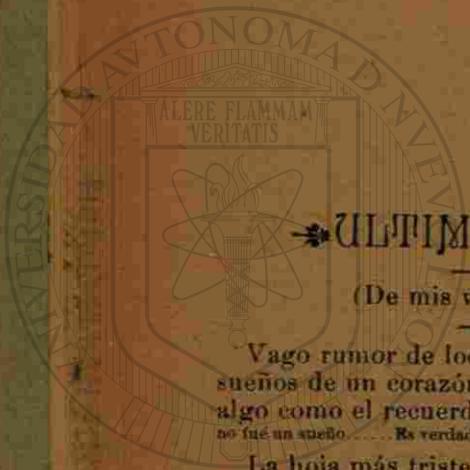
A RUBEN M. CAMPOS.

Ni un sólo punto de cristal: do quiera
la espantosa aridez de los zarzales,
mustios están los vastos carrizales
y huye entre el surco la torcaz ligera.

Sobre la ayer alegre sementera
tienden su palidez los rastrojales,
y del sol, á los rayos estivales,
tiembla caliente el aire en la pradera.

La tosca rueda de la noria, inerte
yace, olvidada del labriego; el río
no halla quien dulces su rumor despierte.....

El campo que infundé tan profundo hastío
es como el corazón que halló la muerte
¡y! abrasado por el sol de estío.



• ULTIMOS ECOS •

(De mis versos viejos.)

Vago rumor de locos embelesos.....
 sueños de un corazón despedazado.....
 algo como el recuerdo de tus besos.....
 no fué un sueño..... Es verdad..... (Todo ha pasado!)

La hoja más triste de mi amarga historia
 la dejaste, mujer, para mi daño,
 escrita en el papel de mi memoria
 con la pluma fatal del desengaño.

Y al despuntar la claridad mañana
 no pienses ¡ay! que mi dolor mitiga
 pensar que el corazón te llame hermana
 ó que me dejes que te nombre amiga.

Algo más grande el corazón implora
 al demandar la compasión de tu alma;

algo que expresa cuando triste llora
 la negra ausencia de su dulce calma.
 Tú lo sabes muy bien.....!No necesito
 que oigas de nuevo mi pasada historia,
 cuando la suerte de los dos la ha escrito
 en el libro inmortal de la memoria.

Mírala ahí, mujer.....!Vuelve los ojos
 sobre esas líneas para mí malditas,
 escritas con la hiel de tus enojos
 con la hiel de mi dolor escritas.

Ahí se encuentra de los dos la suerte
 con lágrimas de sangre señalada.....
 fragmentos de amor hasta la muerte.....!
 besos..... olvido decepciones..... nada!

Llora..... ¿por qué llorar? No puede el llanto
 sus frases borrar de nuestra historia,
 como calmar no puede mi quebranto
 sanar con lloro tu inmortal memoria.

Me agobia tu dolor; mas cuantas veces
 oyéndote ¡ay! á mi pasión perjura
 me hiciste apurar hasta las heces
 el cáliz funeral de la amargura.

Cuántas veces, mujer, enternecido,
 he reanudar nuestros deshechos lazos,
 me á tus plantas, de pasión henchido,
 mi propia dignidad hecha pedazos!

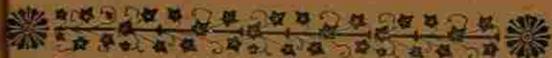
Cuántas veces á solas, lo confieso,
 encendiendo el fuego del amante al hombre,

puse, llorando de pasión, un beso
sobre las nueve letras de tu nombre!

Pero todo pasó; fué necesario,
y esto á otras almas servirá de ejemplo;
ni tú encontraste en mi alma tu santuario
ni fué jamás tu corazón mi templo.

Y si *adiós* nos dijimos, fué preciso;
mas nunca llames á tu amante ingrato.....

Yo sobre el corazón llevo tu rizo,
y en el fondo del alma tu retrato!



LA NOCHE BUENA DE LA HUERFANITA.

AL SR. LIC. EMILIO ORDAZ.

I.

¡Qué graciosa era!..... Hoy nadie se acuerda de la pobre niña: como que nada de importante tuvo su papel en la comedia humana, y como un meteoro por el cielo pasó su vida sobre el haz de la tierra. El Océano se resaca en sus ojos, y las espigas de los campos ovidiaban el rubio hermoso de sus rizos; y nadie al contemplar aquellos labios sonrientes y aquellas pupilas casi siempre cubiertas por las lágrimas, hubiera dejado de adivinar un corazón tan puro y tan bueno como debe ser el de los ángeles.

Aquella noche, estaba medio oculta en el quicio de una puerta, con la mirada fija en los balcones de la casa de enfrente, tiritando de frío y extendiendo en manecita helada siempre que se acercaba algún transeunte. Hacía frío, mucho frío: como que el viento silbaba en lo alto de las chimeneas y los árboles se doblegaban al peso de la nieve; pero ella no sentía los rigores de la estación y hasta olvidaba que no había comido desde hacía muchas horas, por contemplar desde su escondite los cristales de los balcones de enfrente, á cuyo través veía brillar las luces de elegante sala, niños que atravesaban jugueteando, y sobre todo, un árbol de Navidad cargado de dulces y regalos que tanto provocaban su curiosidad y sus deseos.

Ya eran las doce de la noche: la nieve seguía cayendo, y libres de la intemperie, al calor del más dichoso de los hogares, los dueños de la casa celebraban el nacimiento del Hombre-Dios con atractiva fiesta que alegraban las risas de los niños, los cantos de las jóvenes y los blandos acordes de la apacible orquesta. ¿Quién iba á acordarse de la pobre niña! Alguien escuchó la voz que imploraba su caridad desde el escondido quicio de la puerta; alguno vió al pasar una manecita blanca que se le extendía ante sí como una

súplica elocuente y conmovedora; no faltó quién viera unos harapos que cubrían un cuerpecito débil y delicado, ¿pero quién iba á turbar su alegría con el recuerdo de estas miserias? Ella, en tanto, continuaba con las pupilas muy abiertas, fijas en el árbol que se doblegaba al peso de los dulces; seguía recibiendo la nieve sobre su desgarrado vestido, y mientras que una de sus manos se extendía implorando la caridad, la otra oprimía su corazón que con inusitados movimientos, parecía querer saltársele del pecho.

II.

Muy bien observó que la puerta, girando sobre sus goznes, dejó escapar un rayo de luz que la bañó toda entera. Habían llamado á ella dos bultos: era una señora y una niña; una niña como ella, de su misma edad, su mismo cuerpo, el mismo timbre de voz cuando dirigía la palabra á su acompañante. ¿Irían á la fiesta? Seguramente. ¿Dichosas ellas que iban á ver ese árbol que tanto la fascinaba, y á abrigarse en aquella atmósfera que tan tibia debía sentirse!

—¡Una limosna por el amor de Dios! murmuró tendiendo la mano á la niña.

—¡Vagamunda! oyó que le dijeron con aspereza.

Y la niña se volvió á hablar con la dama que la llevaba.

—Mamá, ¿me regalarás una muñeca?

—Sí, hija mía, y tendrás también confites, y pasteles, y juguetes, y cajas que el Niño Dios dará á los niños que son buenos como tu lo eres.

Sólo esto oyó, y algo como un peso sintió en su corazón, y no pudo ver el árbol como lo estaba viendo, porque sintió que se yo que se atravesaba ante sus pupilas, que nubló su mirada y que como caliente lluvia humedeció sus párpados.

—¡Mamá! dijo ella como hablando consigo misma, ¿que será eso? Yo nunca la he tenido ¡Ah! debe ser algo bueno..... ¡Mamá! ¡mamá! ¡Si pudiera yo tener una!

Y lo que sintió como lluvia que humedecía sus párpados, cayó resbalando por sus mejillas, y fué á parar á sus labios que lo recibieron entreabiertos y temblorosos.

—Los niños buenos tienen regalos que les dá el Niño Dios esta noche..... Yo no tengo nada. ¡Debo ser una niña mala, muy mala!

Y al decir esto, sus párpados se cerraron, como si se doblgasen al enorme peso de las lágrimas.

III

—¡Pestañica! ¡Pestañica! Ven: que el árbol ya va á apagarse y no quedarás sin juguetes ni regalos. ¿Qué deseas? ¿Una muñeca? tomarás la más hermosa de todas. ¿Una caja de dulces? Escoge la más llena y la más adornada. ¿Un pastel de los que aquí miras? toma el que sea más de tu agrado. Ven, Pestañica, hija mía, que el Niño Dios también te manda regalos desde el cielo.

Esto oyó que le decía la señora que había entrado con la niña que la rechazara, y como por encanto se encontró en aquel salón que tanto había despertado su curiosidad. Al fin estaba cerca del árbol. ¡Cuántas luces! ¡Cuántos regalos! ¡cuántos niños que le decían hermana! Y sobre todo, ¡qué aire tan tibio la acariciaba y hacía oírse el llanto que había surcado sus mejillas!

La señora estaba cerca de ella, y la niña que la había despreciado, la abrazaba con tenaz empeño.

—Tú serás mi hermana, le había dicho.

Ella sonrió y reclinó su cabeza sobre yo no sé qué, que le pareció el regazo de una madre.

¡Sí! ¡era una madre! Sintió que acariciaban su cabeza, que componian sus rizos desordenados, que le daban besos en las mejillas, que la llamaban hija y la calentaban con abra-

zos. Un dulce sueño se apoderaba de ella: sus párpados se cerraban al calor de tan grata atmósfera; sus miembros fatigados descansaban al fin en algo que la obligaba á abandonarse ¡Oh, qué feliz era!

Ecos suavísimos de orquesta llegaban á sus oídos: cánticos que sólo en el cielo podían oírse; armonías misteriosas que más y más la sumergían en el más dulce de los sueños. Y ella sentía que su madre, la señora que la tenía en sus brazos, subía, subía con ella sin dejar de estrecharla; la besaba como tibio ambiente en sus mejillas, y elevándose por el cielo la llevaba por una atmósfera que la producía un bienestar inexplicable y que la hacía sonreírse con delicia.....

IV

Había un grupo de curiosos junto á la puerta de una casa, mientras que en la de enfrente se oían los últimos rumores de una fiesta, y se veían salir individuos perfectamente abrigados que arrojaban una mirada de indiferencia sobre los curiosos, y se alejaban tiritando á lo largo de la calle.

Aquellos curiosos se inclinaban al suelo y contemplaban un objeto que se hallaba cubierto por la nieve, en el mismo quicio de la puerta.

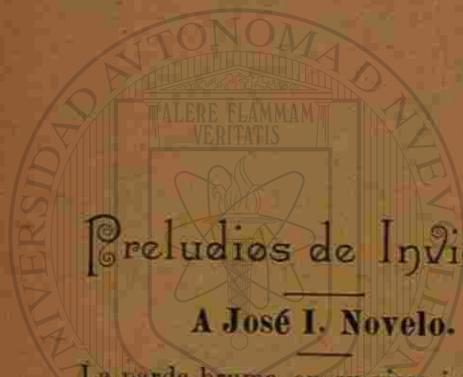
Apenas comenzaba á haber claridad: cuando salió de la casa de enfrente una señora con una niña en la mano, la luz matinal enviaba sus primeros rayos sobre el nevado suelo de las calles. La señora se arrebujaba con rico abrigo de pieles, y la niña apenas soportaba el peso de cajas, regalos y muñecas de todas clases y tamaños.

El grupo de curiosos se había abierto, y madre é hija se dirigieron á él movidas de curiosidad.

—Mamá, exclamó la niña, ¿qué no es la muchachita que nos pidió anoche una limosna?

La señora se estremeció y apretó el paso obligando á su hija á hacer lo mismo, mientras que alguien de los curiosos exclamaba:

—Sí, es la Pestañica que se ha muerto de frío pidiendo limosna: la nieve cubre su cabeza, parece que besa sus mejillas; se inclina en la puerta como si estuviera en los brazos de su madre..... ¡Pobre niña! Y parece que goza de un bienestar inexplicable, como que están sus labios sonriendo con delicia.....



Preludios de Invierno.

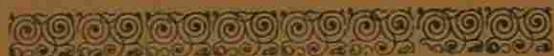
A José I. Novelo.

La parda bruma, en su girar incierto,
cuelga su encaje y lánguida se mece,
y está el trigal tan mustio que parece
tosco sudario cobijando á un muerto.

A los desnudos álamos del huerto
se agarra el heno que en las ramas crece;
y en la montaña sin verdor, fenece
de las palomas que huyen, el concierto.

Aun quedan hojas verdes que prendidas
en lo alto de los árboles, secreta
canción sollozan por el eierzo heridas;

Mientras se arrastran en corriente inquieta
las que ya se han secado, las caídas.....
¡las ilusiones que lloró el poeta!



UNA TRAGEDIA.

Al Sr. Lic. Francisco A. Noyola.

Roto el plumón, el ala ensangrentada,
por la saeta voladora herido,
llega espirante al apartado nido
donde está su paloma enamorada.

Llora la pobrecilla acongojada
al mirar á su amante, que abatido
quiere la revelar lo que ha sufrido,
y la envuelve en la luz de una mirada.

El corazón de los amantes gime
al compás de la sangre que gotea
y que ella en vano restañarle quiere:

Y al ver que aun hay quien con su amor le anima,
temblando él de pasión, eucurruquea,
y bate el ala, y satisfecho muere.



El origen de un cuento.

A MELCHOR GARCIA ROJAS.

Alguien, me dijiste una vez, [y aquí pronunciaste el nombre de un escritor jalisciense que reside en la actualidad entre nosotros] a-segura que tu cuento *Como se causó San Pedro* es de Ricardo Palma. — Decirme esto y buscar las obras de este ilustre autor peruano hasta encontrarlas, fué cosa del momento. Ahí me convencí de que efectivamente, existe una tradición de este autor basada en el argumento de mi relato. Como deba suponer, me apenó que alguien creyera que yo me vestía

con trajes ajenos, cosa extraña á mi carácter, pues lo que firmo, aunque malo, es de mi cosecha, por más que el fruto sea raquítico y y sin sazón alguna.

Una cosa me halagó, y la hago notar porque así me conviene, y es que la primera edición del tomo de las *Tradiciones Peruanas* que Ricardo Palma llama *Ropa apolillada* y que es donde se encuentra el cuento, fué, según reza el prólogo ó *Despedida* que Palma pone al frente de la edición que yo consulté y que es de 1896, impresa en 1891, y muy á principios de este año, en *El Correo de San Luis*, que dirigía entonces Manuel Puga, publiqué por primera vez el cuento que da origen á este mal perfeñado escrito; esto es, cuando aun no era conocido aquí el libro del poeta limeño. No fué pues un plagio á Ricardo Palma, ni Ricardo Palma es tampoco el autor del cuento: el autor del cuento es el eterno soñador, el admirable legendista, el trovador desconocido que ha encantado generaciones enteras con sus tradiciones y cantares y que se llama *el Pueblo*. De esta fuente bebió Ricardo Palma su *Contra pereza diligencia*, como yo al mismo tiempo escribía mi *Como se causó San Pedro*. El argumento es semejante, la moraleja la misma, pero la forma que le dimos ambos es muy distinta.

Yo oí esa anécdota de boca de mi anciano padre hace más de veinticinco años; mi padre sin duda la aprendió de un libro titulado *Semanario Artístico*, impreso allá por los años de 1858, y en donde se hallaba esta narración condensada en unas líneas que no llegaban á cincuenta. Me agrado el fondo moral que encierra y le di la forma que tu has visto.

Ahora bien, ¿puede ser esto un plagio? Creo que no, y me atengo á autores tan respetables como Valbuena, el famoso autor de los *Ripios*, que no se ha desdeñado en formar un volumen de cuentos que corren en boca de todo el mundo, y á los cuales él ha hecho suyo revisiéndoles de largo y muy decente ropaje; me atengo al castizo escritor Padre Coloma que ha publicado su *Historia de un cuento*, su *Porrita Compañé*, su *Camisa del hambre feliz* y otras, basadas en narraciones puramente vulgares; me acojo á D. Antonio de Trueba, el más sencillo de los cuentistas españoles, que ha dado forma literaria á las inocentes tradiciones de su tierra, y al mismísimo Ricardo Palma, de cuyas *Tradiciones Peruanas* la mayor parte son creaciones populares presentadas por él con el delicado ropaje que ha sabido darle su magnífica pluma.

Así, pues, yo espero que á ese alguien que me has nombrado, digas con la secarra que

acostumbras:— Amigo mío, el cuento que vd. atribuye á Ricardo Palma no es de él, ni de Arsenio Elías; (1) su autor es más grande, más fecundo, más inspirado, se llama..... Pueblo.

(1) Este es el sendicínimo que ha usado el autor en la mayor parte de los cuentos que forman este tomito.

se vió de pronto rodeado por cuatro mocetones á quienes no faltaban ni vigor ni buena ley para el trabajo. —Pues hombre soy que sabe cumplir lo que promete y preparaos para oír lo que no os importa. Pero antes, Antonio, tomá ramas para tejer estera; tú, Juan, traete á *Dragón* para que forme corro con vosotros; Andrés llenará los cestos de uvas y fresas, y Ramón hará partes, que como más pequeño más comodidades le pertenecen.

Que cada uno haya cumplido con su encargo, es cosa que á juicio del lector dejo, pues sabido es que muchacho ganoso de descansar acaba la tarea más pronto, y cuando aquellos cuatro pares de ojos se clavarón en los párpados medio cerrados del anciano, éste tomó las frutas y las entregó al rapaz diciéndole:

—Anda, granuja, y reparte esto entre tus hermanos; pero cuidadito con desperdiciar las uvas, que las uvas son bendición de Dios y por ellas San Pedro no se fué tan pronto al cielo.

—Qué decís, abuelito?— á una voz preguntaron los buenos mozos.

—Lo que oís, diablillos; y si tanto os interesa saber cómo se cuenta eso, abrid las orejas, que no las tenéis chiquitas para oír necesidades.

—Sabéis cómo quema el sol del Verano en tierra á la hora de la labranza? Pues



Como se cansó San Pedro

—Ya el campo huele á tomillo y las cabriñas saltan alegremente. Andad, perezosos, que la faena es larga, y no pidáis cuento por la tarda si no la habéis dado fin hasta terminarla.

Así diciendo, arrastró el tío Juan sus buechias por el suelo, tomó el camino de la granja y fué á rentarse en las raíces que rodaban el tronco del añoso encino.

Vió desde aquel improvisado asiento perderse el último pájaro del bosque; oyó la postrera queja del ganado, sintió que desaparecía de su frente el suave calor del último rayo del sol del campo y descubrió su desnuda cabeza para rezar las oraciones.

—¿Aquí estáis ya, hijos míos?— dijo cuando

más lo hace á la misma hora en las regiones por donde Cristo se empeñó en predicar el evangelio, y mirad que para que Jesucristo lo sintiera.....

—¿Lo sintió, padre grande?—preguntó el rapaz abriendo los ojos con asombro.

—Si que lo sintió aquella tarde á que se refiere esta aventura; caminito de Galilea en el caballo de San Francisco y sin más compañía que el portero futuro de los cielos, iba cruzando arenales inmensos y desiertos calientes donde ni una mala palma podía ofrecerles sombra; como no había palmas tampoco se encontraban dátiles, y sin agua y sin alimento, ya podéis comprender lo molinos que andarían los buenos caminantes.

—Pedro ¿ves algo?—dijo de pronto el Divino Maestro deteniéndose un poco para que lo alcanzara el viejo discípulo que á duras penas podía sacar los pies de aquellos montones de arena, donde los hundía á cada paso.

San Pedro no usaba anteojos y le era difícil distinguir de lejos; así es que poniéndose la diestra sobre las cejas á guisa de pantalla, sólo pudo dar al maestro la consabida respuesta de la cuñada de Barba Azul á la mujer del mismo.

—No veo sino el sol que reberbera y el campo que reverdece.

Cristo se resignó y continuó la marcha sin inmutarse; pero su acompañante no era de la misma pasta y comenzaba á sentir demasiado el ardor del sol en la coronilla y el calor de la arena en las plantas, tan desnudas éstas como la primera.

Volvió á poco á detenerse el Maestro, y fijando su vista en el suelo, dijo á su discípulo señalándole algo que relumbraba en las arenas, ni más ni menos que si fuese un duro que alguien extraviara en aquellos desiertos.

—Inclínate, Pedro, y vé lo que brilla entre esas piedrecillas.

Por más que San Pedro fuese un santo, gustaba también de traer un cuarto en el bolsillo, así es que á las palabras de Cristo, abrió dos ojos como soles y clavó una mirada en el objeto indicado.

—Dejamos la suerte en casa, Maestro,—contestó con voz compungida como él solía hacerlo tan frecuentemente—y de nada me sirve andar contigo para no pasar trabajos. A fé mía que si fuese un duro.....

—Había duros en ese tiempo, ¿buelito?—interrumpió el rapaz mientras el tío Juan se remojaba los labios con la lengua.

—Calla y no interrumpas, chiquillo, que si San Pedro contestó de ese modo, el objeto que lo habló no sería otra cosa. A fé mía

que si fuera un duro—decía yo que él dijo—bien podría servirnos para otra ocasión menos desesperada que la presente. Maestro, lo que has visto brillar entre la arena, no es otra cosa que un pedazo de herradura.

—Recógela y guárdala, Pedro, que todo sirve en el mundo—repuso el Salvador recogiendo el manto para continuar la marcha.

—Nada más esto me faltaba—replicó el apóstol con nada dulce y amigable tono.—Ves que estoy viejo, cansado, bien quemado desde la cabeza hasta los dedos, y quieres que me ocupe en inclinar mi cuerpo para recoger un pedazo de hierro enmohecido.

Nada objetó Jesús á las palabras de su futuro llavero, así es que él fué quien se inclinó, recogió la herradura, la limpió con cuidado y continuó pian pianito la marcha hacia la ciudad donde deseaba pernoctar para seguir en sus predicaciones.

Pero el sol proseguía en la ingrata tarea de quemar á San Pedro la coronilla, y este buen viejo ya estaba á riesgo de negar á Jesús antes del consabido canto que le hizo verter lágrimas como perdigones, cuando por fortuna distinguieron ambos una choza que se levantaba en medio del camino.

—Loudo seas tú, Señor, que te compadeciste de tu siervo. Quizá en esa choza haya una

alma caritativa que nos apague esta sed y nos calme esta hambre que nos devora—dijo el apóstol disponiéndose á echar á correr para llegar más pronto.

Pero la suerte la habían dejado en casa, como el mismo discípulo lo había dicho, así es que al llegar al punto deseado se encontraron con el banco de un herrador sin trabajo, y que por ende se moría de hambre como ellos.

—Nada tenéis que darnos de comer y beber, buen hombre?—dijo Jesús mientras se sentaba en un tronco de árbol que servía de mesa, silla y algo más al solitario habitante de aquel lugarejo.

—Nada, Señor—replicó el herrador bien afligido—lo único que me sobra es un racimo de uvas, pero ese no lo vendo sino á buen precio.

—Querriais cedérmelo en cambio de esta herradura?—preguntó Jesús presentando su hallazgo al obrero.

—Tomado en el acto—contestó este—que una herradura para un herrador, oro molido es indudablemente.

No bien oyó esto San Pedro, abrió tamaños ojos y extendió la mano esperando la parte que de las uvas le correspondía, pero el Maestro se levantó, sacudió sus vestiduras y echó andar por delante como si tal cosa.

—Esta sí que es buena!—se dijo el apóstol contrariado y siguiendo á Jesús con un bumor de perros— yo le acompañó, me causó más que él, sufro ayunos que no son para contados, y cuando consigues algo, no me dá la parte que por fuerza me corresponde.

Ya comprendereis que Cristo venia oyendo estos razonamientos que solo en el pensamiento se hacia San Pedro, y no comiendo él las uvas las dejaba caer al descuido para que su discípulo las recogiera.

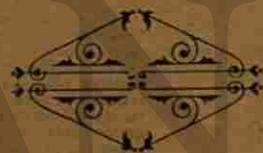
A la primera que cayó, el portero en ciernes se abalanzó sobre ella con tal violencia que por poco cae en el suelo; á la segunda iba á derribar al Maestro; á la tercera perdió el equilibrio y fue á dar sobre un resto de palma seca, á la cuarta habiéndosele escapado de los dedos, la fué siguiendo más de diez pasos.....

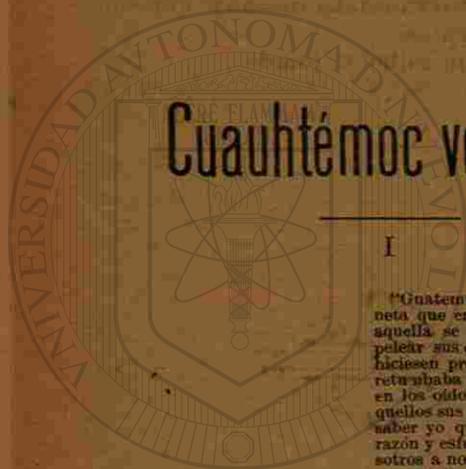
—¿Lo ves, Pedro?—díjole entonces Jesucristo volviéndose á él con aire de justa reconvención—rehusaste inclinarte una vez para recoger una herradura y lo has hecho más de cien para no dejar escapar las uvas que se me han caído. ¿Que vale más, trabajar una vez ó cansarse por muchas?

San Pedro comprendió la lección, y no soltó ahí las de su nombre por que aun no era tiempo para ello, pero se avergonzó á tal

grado que dejó que Jesús tomara la delantera, y no llegó hasta donde él se hallaba sino cuando el Maestro ya estaba descansando con sus demás discípulos.

Y entró por un callejón dorado.....





Cuauhtémoc vencido,

I

"Guatemuz y manda tocar su corneta que era una señal que cuando aquella se tocase, que habían de pelear sus capitanes de manera que hiciesen presa ó morir sobre ello; y retumbaba el sonido que se metía en los oídos, y de que le oyeron aquellos sus escuadrones y capitanes; saber yo que decir ahora con que razón y esfuerzo se metían entre nosotros á nos echar mano, es cosa de espanto."

BERNAL DIAZ. Cap. 152

Tenuchtitlán, la famosa
ciudad del Anáhuac reina;
la de los ricos palacios
y de avenidas soberbias;
la de los altos teocalis
y monumentos que encierran
todos los grandes tesoros
de los monarcas aztecas;

contra las huestes hispanas
tiempo hace que lucha lleva
y mientras pasan más días
más se enardece la guerra,
más los ánimos se exaltan,
más acrece la tormenta,
y más cadáveres cubren
á la ensangrentada tierra.
En vano Cortés ha enviado
dos nobles al Rey azteca
para que á tanto combate
y á tanta sangre dé tregua;
que ambos enviados volvieron
sin obtener la respuesta
que el mismo Cuauhtimotzin
más tarde á las huestes diera,
siempre en lo alto del teocalli,
siempre al labio la corneta,
siempre dispuesto á morir
antes que entregar su tierra.
Y en tanto, el pueblo agobiado
por el hambre y la miseria,
clama piedad por las calles,
sus gritos el aire pueblan,
y las mujeres y niños
postrados cayendo en tierra,
con lágrimas muy amargas
el suelo temblando riegan.
Y así se pasan las horas,

y otras horas así llegan,
cubiertas de sangre siempre,
siempre de pavor cubiertas,
hasta que ya fatigados
los ejércitos aztecas,
tras fiera carnicería
que de sangre el suelo llena,
entre el humo del combate
y entre dardos y entre piedras,
entran las hueses hispanas
del Anáhuac á la reina,
con sangre azteca regando
calles, templos y plazuelas.

II

"No me tiren que yo soy el Rey
de México y desta tierra y lo que te
ruego es que no me llegues ni a mi
mujer ni a mis hijos, ni a ninguna
mujer ni a ninguna cosa de lo que
aquí traigo, sino que me tomes a mi
y me lleves a Malitzin.

BERNAL DIAZ. Cap. 156.

Como la blanca gaviota
que entre los mares serena
riza con nevada espuma
la azul superficie inquieta,
así por el ancho lago
frágil piragua ligera
se desliza, á otras regiones
llevando al monarca azteca.

Ya está lejos de las tropas
que á perseguirla se aprestan;
ya como un punto se pierde
del lago en la anchura inmensa:
ya del feroz enemigo
libre al fin se considera,
cuando en el pecho de Holguín,
noble que sigue sus huellas,
al distinguir la piragua
surge súbita sospecha.
Y al darle alcance, y al ver
que las reales enseñas
cubren la débil piragua
que huyendo al monarca lleva,
á aprehenderlo se disponen
y á hacerle fuego se aprestan,
hasta que sobre la barca
salta el valeroso azteca.

"Yo soy Cuauhtémoc—exclama
con voz atronante y fiera.—
Soy el monarca de México,
dueño y señor de estas tierras.
Aquí estoy, mas no me toques
á la que es mi esposa honesta,
que á Malitzin daré yo
de todo una exacta cuenta.
Y entregado á los guerreros
que asombrados le rodean,
marchó con la frente altiva,

con la mirada serena,
 levantada con orgullo
 la coronada cabeza,
 y sin sombras de temor
 que la prisión le infundiera.

III.



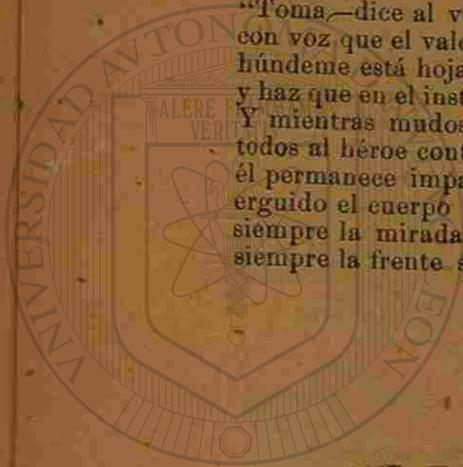
"Llegose a mí y díjome en su lengua: que ya él había hecho cuanto de su parte era obligado para defenderse a sí y a los suyos, hasta venir en aquel estado: que ahora físcese de él lo que yo quisiere, y puso la mano en un puñal que yo tenía, diciendome que le diese de puñaladas y matara."

HERNAN CORTES. Relac. Tercera Pag. 300.

Bajo alegre cenador
 que cubre la verde yerba,
 formando mullida alfombra
 el blando musgo en la tierra,
 entre el arrulló que forma
 de los zenzontles la queja,
 y entre los suaves aromas
 de la brisa lisonjera,
 miranse mesas que están
 de mil manjares cubiertas,
 y ahí se encuentra Cortés
 del prisionero en espera.
 Junto al héroe su hermosura
 la joven Marina ostenta

y de las tropas hispanas
 los principales se encuentran.
 Suenan el atambor; el noble
 jefe de México llega,
 entre los rudos soldados
 á Hernando Cortés se acerca,
 lanza una mirada en torno
 y tiende á Cortés la diestra,
 siempre la mirada altiva,
 siempre la frente serena.
 "Malitzin—dice al hispano—
 he cumplido en la defensa
 de mi ciudad y vasallos,
 tal como cumplir debiera.
 No puedo más; prisionero
 me traen á tu presencia
 y has de mi lo que te plazca,
 haz pues, de mi lo que quieras"
 Tales palabras oyendo
 Cortés asombrado queda
 que no esperaba encontrar
 en el rey tal entereza,
 y admirando ese valor,
 le llena de mil promesas,
 promesas que oye el monarca
 con marcada indiferencia.
 De pronto ve que un puñal
 del cinto de Cortés cuelga,
 y sobre su rica cruz

poniendo la noble diestra,
"Toma,—dice al vencedor
con voz que el valor revela—
húndeme está hoja en el pecho
y haz que en el instante muera"
Y mientras mudos de asombro
todos al héroe contemplan,
él permanece impasible,
erguido el cuerpo de atleta,
siempre la mirada altiva,
siempre la frente serena!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UEY
PQ
.C3
P6

OTEC